

EL ASEDIO AL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA CABEZA Y LA DESAPARICIÓN DE SU IMAGEN

Antonio Extremera Oliván

RESUMEN: Fracasada la rebelión militar en la provincia de Jaén, un grupo de guardias civiles junto a sus familiares se instalaron en el santuario de la Virgen de la Cabeza. El paso de la mayor parte de los guardias de la Comandancia a la zona nacional, sembró la desconfianza de las fuerzas republicanas hacia las intenciones de los acampados en el cerro.

Se inició de este modo una campaña bélica que duraría más de siete meses y que estaría marcada por la desproporción de los medios empleados por el bando republicano para reducir a una población compuesta en su mayoría por mujeres y niños.

La posición fue tomada el 1º de mayo de 1937. Entre las consecuencias de este episodio de nuestra guerra civil se encuentra la pérdida de la imagen de la Virgen de la Cabeza que se veneraba en el santuario. Este hecho quedó indisolublemente unido a los hechos vividos durante la contienda, dando lugar a dos teorías irreconciliables sobre su paradero que aún hoy divide a los estudiosos y devotos de esta advocación.

EL SANTUARIO EN LOS AÑOS PREVIOS A LA GUERRA

El secular santuario de la Virgen de la Cabeza se encuentra situado a una treintena de kilómetros de la ciudad de Andújar, en pleno corazón de Sierra Morena. El edificio, de sólidos muros graníticos, se alza sobre un cerro desde el que se domina su entorno inmediato. Debido a la extendida devoción de esta advocación mariana y lo distante de cualquier núcleo poblacional, existían en sus inmediaciones una veintena de casas pertenecientes en su mayoría a las cofradías que asistían a la romería el último domingo de abril.

Tradicionalmente el recinto del santuario y sus dependencias habían sido administrados por el clero secular de la diócesis. Pero desde prin-

cipios del siglo XX las fricciones entre los responsables del recinto y los devotos de la Virgen se hicieron continuas. Esto motivó en 1930 la decisión de don Manuel Basulto, obispo de Jaén, de entregar el recinto a una congregación religiosa, siendo designada la Orden de la Santísima Trinidad.

En la tarde del 11 de abril de 1930 llegaron a la ciudad de Andújar procedentes de diversos conventos trinitarios los religiosos que iban a participar en la toma de posesión del santuario. Al día siguiente, sábado día 12, se realizó la ceremonia religiosa en el santuario a la que asistió el Ayuntamiento en pleno, sacerdotes y padres Paúles de la ciudad, el Hermano Mayor de la Cofradía, Ángel Bellido, numerosos diputados, cofrades y demás devotos de Andújar y pueblos comarcanos. Terminados los actos, quedaron como comunidad los padres Juan de la Santísima Trinidad, Félix de la Virgen y Regino de San José además de nueve estudiantes.

Entre los proyectos e iniciativas que realizaron los religiosos en sus seis primeros años de estancia en el santuario me voy a referir a dos de ellos que tuvieron especial incidencia en los hechos desarrollados durante la guerra civil.

Uno de los primeros problemas que debieron de solventar los trinitarios fue la adecuación del recinto del santuario para hacer posible la vida comunitaria. Los doce frailes de la nueva comunidad no podían residir todos en la cuarta planta del edificio, destinada hasta entonces a las dependencias de los custodios del recinto, por lo que tomaron además uno de los corredores de la hospedería para establecer en él sus aposentos. De este modo quedaban las dependencias de la comunidad divididas entre los pisos segundo y cuarto, con lo que no se conseguía la unidad deseada en la nueva residencia.

Esto ocasionó algunos problemas en la vida conventual, por lo que decidieron comenzar una ampliación del santuario por el este que continuase la crujía sur. El proyecto incluía la construcción de un claustro detrás de la sacristía que distribuiría una vez construido los lugares comunes del convento al mismo tiempo que serviría de expansión en los momentos de ocio.

Así pues, el 11 de enero de 1931 se llevó a cabo la ceremonia de bendición de la primera piedra para la ampliación por parte del obispo de la diócesis. El acto contó con la asistencia del arquitecto municipal de Madrid, Pedro Mateth, autor del proyecto. Las obras se fueron desarrollando

con lentitud por la falta de medios y las dificultades que presentaba su ejecución, por lo que al iniciarse la contienda tan sólo se alzaban unas hileras de piedras que fueron aprovechadas como parapetos de la zona sureste del cerro.

Con el fin de adecuar el recinto del santuario a las exigencias modernas, se inauguró el 22 de febrero de 1931 la luz eléctrica en el recinto. Ésta fue donada por una devota anónima y estaba dotada de una maquinaria, instalada por la casa *Ortega y Cia* de Bilbao, que se encontraba dentro de un edículo situado en el lado nordeste del templo. Dicha máquina jugó un importante papel al principio del asedio ya que abasteció de fluido eléctrico la radio que desde el principio de la guerra tenían los sitiados y que les permitió estar en contacto con la zona nacional*. Debido a la creencia por parte de los milicianos que en él se encontraba el polvorín del campamento, fue uno de los puntos más castigados por la artillería miliciana desde los primeros días del asedio¹.

El 25 y 26 de mayo de 1936, se reunió en Madrid el consejo de la provincia trinitaria del Espíritu Santo para nombrar a los presidentes de las casas. Éste cambió la composición de la comunidad quedando constituida por los padres José María de Jesús, superior, Prudencio de la Cruz, Segundo de Santa Teresa, Fernando de la Resurrección, Juan de Jesús y María y el hermano Luciano.

Estos religiosos vivirán, a los pocos meses de ocupar su nuevo destino, los inicios de la guerra. De estos días tenemos el valioso testimonio del superior de la casa, el padre José María de Jesús, que sobrevivió a la guerra. Al iniciarse la sublevación militar, este bilbaíno de nacimiento se encontraba en Andújar junto al padre Segundo de Santa Teresa para acompañar a los padres Paúles en la fiesta de su fundador. Ese mismo día 19 lograron reunirse con la comunidad en el santuario poco antes de quedar controladas las salidas de la ciudad. El 21 del mismo mes tuvo noticias la comunidad trinitaria que los padres paúles habían sido expulsados de Andújar de forma violenta. Añade además en su testimonio «*que los dirigentes rojos habían acordado dejar el santuario conforme estaba, ya que*

¹ El polvorín estuvo en este lugar hasta la segunda quincena de septiembre. Para más información sobre el santuario en los años que antecedieron a la guerra civil, ver EXTREMERA OLIVÁN, Antonio: «El santuario y los trinitarios: los primeros años (1930-36)» en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, nº 152, Págs. 115-127.

* Se trataba de un receptor de corriente universal propiedad del sargento José Rodríguez Palacios ya que la emisora portátil llevada al Santuario no pudo ser utilizada por necesitar corriente alterna (Cfr. CORTÉS CAMACHO, Juan Pedro: *La Epopeya del silencio*. Martos, 2010, pág. 66).

los padres trinitarios lo hacían bien con todos. Y añadían: -La Virgen está por encima de toda política y del comunismo»².

No tardó mucho en abundar la desconfianza y según cuenta el mismo padre superior, el día 25 por la mañana llegó el maestro de obras en busca de su padre, pues en Andújar se oía que la aviación republicana pretendía bombardear al día siguiente el santuario. Esto hizo que el padre José María fuera a hablar hacia las tres de la tarde del mismo día con los escopeteros que se encontraban ya en la «Fuente Canina» vigilando los movimientos del cerro. El padre superior los invitó a hacer un minucioso registro del santuario para comprobar que los rumores difundidos de que se habían concentrado en el recinto fuerzas falangistas de la provincia, era solamente un bulo. Así lo hicieron aunque no quedaron tranquilos, por lo que al día siguiente comunicaron a la comunidad que debían abandonar el convento y trasladarse a Andújar. Esto fue llevado a cabo el 28 de julio, el mismo día que llegaron a la ciudad las fuerzas del General Miaja para atacar y conquistar Córdoba. Después de consumir el Santísimo y cantar la Salve a la Virgen en compañía de algunos milicianos que habían subido para la evacuación la comunidad, se trasladaron a la ciudad, quedando el edificio precintado y las llaves depositadas en el Ayuntamiento.

Una vez en Andújar se dispuso que los seis religiosos se alojaran en las casas del Conde de la Quintería y del abogado Pacual Jiménez. Su nueva residencia duró poco ya que a las siete de la mañana del día 30 de julio la aviación nacional bombardeó por vez primera la ciudad y hacía las diez fueron trasladados a la cárcel municipal.

A la mañana del siguiente, alrededor de las once, en una de las «sacas» de presos, condujeron a los padres Prudencio y Segundo a una estrecha calle frente a la plaza de Marcos Criado, trinitario, donde les propinaron una ráfaga de disparos a quemarropa que les segó sus vidas.

El resto de la comunidad quedó en la cárcel hasta el 25 de octubre, fecha en que fueron llevados a la de Jaén. Allí optaron voluntariamente por escoger el departamento de los condenados a muerte, que era conocido por los presos como «Villacisneros», «para hacer compañía y animar a los que estaban ya como verdaderos santos y mártires de Jesucristo»³. El Tribu-

² OLABARRI, Martín: *Trinitarios en la prueba. Historia del martirio de los trinitarios de España en 1936*. Madrid 1973, Pág. 49. También puede verse GINARTE, Ventura y PORRES, Bonifacio: *Los trinitarios en España y América. Cien años de su historia (1879-1979)*. Secretariado Trinitario, Córdoba 1983, Pág. 108.

³ OLABARRI, Martín: *Trinitarios en la prueba... Op. Cit.*, Pág. 50.

nal Popular los condenó a veinte años de trabajos forzados. Sin embargo, como represalia a un bombardeo de la aviación nacional fue fusilado, en las inmediaciones del cementerio de Mancha Real, el padre Juan de Jesús y María.

El proceso de beatificación de estos tres mártires se inició el año 1959. Después de la paralización durante el pontificado de Pablo VI con el fin de evitar su politización por parte del régimen del general Franco, se comenzó a instruir de nuevo con Juan Pablo II, siendo beatificados el 28 de octubre de 2007.

EL FRACASO DEL ALZAMIENTO EN LA PROVINCIA DE JAÉN

En vísperas de la guerra civil, la población de la provincia de Jaén era eminentemente agrícola. La estructura de la propiedad hacía de ella uno de los ejemplos más destacados de la secular crisis del campo español. La opulencia de los ricos hacendados contrastaba con la miseria y hambre de los jornaleros que sólo podían disfrutar del trabajo temporal que daba el campo y del que apenas podían sobrevivir.

El descontento de la clase obrera se reflejaba en la nutrida afiliación sindical, lo que se traslucía en una abultada militancia de los partidos de izquierda. Ésta acogió de buen grado la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero del 36 al pensar que había llegado el momento de la esperada revolución que pusiera fin a la república democrática. De este modo, el clima social se fue radicalizando a lo largo y ancho de la provincia durante la primavera del 36: Alcaudete, Mancha Real, Huesa, Arjonilla, entre otras muchas poblaciones, vieron cómo aumentaban los asaltos a los cortijos, la quema de cosechas y los asesinatos de hacendados y católicos⁴. Esta violencia fue creciendo conforme avanza el año, llegando a su punto más álgido en la primera quincena del mes de julio.

Por otra parte, la guarnición militar con la que contaba la provincia se basaba esencialmente en la Guardia Civil y el Cuerpo de Seguridad y Asalto, ya que los demás efectivos eran prácticamente testimoniales. La Guardia de Asalto, presente en la capital de la provincia desde el 3 de enero de 1933, estaba constituida por una Compañía formada por 80 hombres bajo el mando del capitán José García Sánchez y que habían sido dirigidos hasta meses antes de la contienda por el capitán de la

⁴ Cfr. CAÑONES CAÑONES, Jesús: «Situación socioeconómica de la provincia de Jaén antes de iniciarse la guerra civil» en *Códice*, nº 10, Pág. 27-28.

Guardia Civil Rodríguez de Cueto, siendo en su mayoría partidarios de secundar la revuelta militar. Por su parte, la Comandancia de la Guardia Civil de Jaén, perteneciente al 18 Tercio de Córdoba, la componían 650 hombres distribuidos por los 98 puestos con los que contaba la provincia y que estaban agrupados en seis compañías (Jaén, Linares, Úbeda, Andújar, Martos y Villacarrillo)⁵. Al mando de la Comandancia jiennense se encontraba el teniente coronel Pablo Iglesias Martínez, auxiliado por los comandantes Eduardo Nofuentes e Ismael Navarro. Estos jefes tenían en Jaén un destino reciente, pues buena parte de los mandos militares habían sido trasladados tras las elecciones de febrero de 1936 por lo que desconocían la sensibilidad y pensamientos de los hombres que estaban bajo sus órdenes.

La indecisión de los jefes que dirigían la Comandancia frenó el deseo de la mayor parte de los oficiales y tropa de añadir la provincia a las fuerzas sublevadas. El contacto que los militares rebeldes tenían en Jaén era el capitán de Infantería Eduardo Gallo, adscrito a la Caja de Reclutamiento y que había comprometido en los días previos al alzamiento cerca de medio millar de efectivos civiles. Éste contaba con la declaración del Estado de Guerra por parte de la Guardia Civil y la entrega de armas a los paisanos hacia las tres de la tarde del día 18. Pero los titubeos de los mandos de la Benemérita hicieron retrasar la decisión. La última reunión, mantenida en la Comandancia en las últimas horas de ese mismo día, terminó con la clara oposición a la sublevación del teniente coronel Revuelta, gobernador militar de la provincia, y la pasividad del también teniente coronel Iglesias. Entretanto, los civiles reclutados esperaban, formando pequeños y disimulados grupos, el cohete que serviría de contraseña para unirse al alzamiento militar⁶. En lugar de éste, recibieron la orden de volver a sus casas ante la falta de acuerdo. La sublevación en Jaén había fracasado.

Ante la presión de los gobernantes, el teniente coronel Iglesias dio orden de entregar las armas de los cuarteles a la muchedumbre, siendo desobedecida por algunos puestos por lo que el diputado socialista Alejandro Peris no dudó en animar a la población a que asaltara los cuartelillos que se negaran a la entrega. Esta acción provocó enfrentamientos en diferentes puntos de la provincia entre la población y la Guardia Civil. Con el fin de evitarlos, se ordenó la concentración de los guardias de Jaén, Martos y Villacarrillo, en la capital. El repliegue de las fuerzas ya

⁵ Cfr. AGUADO SÁNCHEZ, Francisco: *Historia de la Guardia Civil*, Vol. 6. Cupsa Editorial y Editorial Planeta, Madrid 1985, Pág. 27.

⁶ Cfr. URRUTIA, Julio de: *El cerro de los héroes*. Editorial Doncel, Madrid 1977², Págs. 22-26.

se había realizado, por orden de sus respectivos mandos, en las Compañías de Andújar, dirigida por el capitán Antonio Reparaz, de Úbeda y Linares. De este modo, aunque se evitaron posibles enfrentamientos con la radicalizada población, esta concentración de fuerzas del orden dejó a numerosos pueblos de la provincia y sus habitantes a la merced de grupos incontrolados, produciéndose en ellos un auténtico exterminio de los adversarios políticos al verse libres del control de los que tenían la obligación de velar por el orden público.

Pero la concentración de guardias en determinadas ciudades de la provincia fue vista con temor por las autoridades del Frente Popular dado que podrían servir de catalizador de los que aún confiaban en una sublevación por parte de la Benemérita. Con el paso por la provincia de la columna del general Miaja, a finales del mes de julio, comenzó el envío de guardias a los frentes gubernamentales. Así se encuadraron, no sin ciertas tensiones, 50 guardias de los concentrados en Úbeda, otro 50 de Linares y 90 más de Andújar con sus respectivos capitanes⁷. En esta ciudad, se puso como condición trasladar a sus familiares, junto a cuarenta guardias al mando del teniente Ruano, al palacio de Lugar Nuevo. Dicho palacio se encontraba a escasos kilómetros del santuario y era propiedad de los marqueses de Cayo del Rey. Tenía escaso valor desde el punto de vista militar por encontrarse junto al río Jándula y estar dominado por alturas próximas. Sin embargo las tropas republicanas nunca llegaron a tomarlo a pesar de los numerosos ataques que sufrió. Al contrario, las dos operaciones de mayor calado a las que se vio sometido, en noviembre y en enero, «no dieron resultado y nos costaron bastantes bajas»⁸.

Una vez disuelta las concentraciones en estas ciudades, le tocaba el turno a la capital. A mediados de agosto se enviaron 50 guardias de Jaén al sector de Campillo de Arenas, y días después 150 más, al mando del teniente coronel Iglesias y junto a 500 milicianos, para reforzar el frente de Alcalá la Real. El paso de los primeros a la zona nacional, hizo que el teniente coronel fuera sustituido por el comandante Navarro con el fin de evitar la evasión de los guardias. Pero el plan para pasarse a zona nacional ya había sido ultimado por el capitán Amezcua, llevándolo días después junto a dos oficiales y 132 guardias⁹.

⁷ Cfr. COBO ROMERO, Francisco: «El asedio al santuario de Santa María de la Cabeza durante la guerra civil (un intento de desmitificación)» en *Boletín de Estudios Giennenses*, nº 176, tomo I, Pág. 109.

⁸ CORDÓN, Antonio: *Trayectoria. Memorias de un militar republicano*. Editorial Crítica, Barcelona 1977², Pág. 269.

⁹ Cfr. LUQUE ARENAS, Juan et alii: *La epopeya de la Guardia Civil en el Santuario de la Virgen de la Cabeza (18-VIII-1936 a 1-V-1937) en su XXV aniversario*. Madrid 1958². Pág. 36.

La evasión de estas unidades al campo enemigo aumentó la desconfianza y hostilidad de las autoridades republicanas sobre la tropa que aún quedaba concentrada en Jaén y que, junto al millar de presos políticos que abarrotaban tanto la cárcel provincial como la catedral, serían fuerza más que suficiente para hacerse con el control de la ciudad. Para evitar este posible problema, se enviaron buena parte de los presos a «cárceles más seguras», en lo que más tarde se llamó «el tren de la muerte», ya que fueron fusilados en la estación del Tío Raimundo en Madrid. Para las familias de los guardias se propusieron diferentes lugares de la zona republicana, no siendo admitidos por los interesados que pidieron, en cambio, su traslado al santuario de la Virgen de la Cabeza, cercano a Lugar Nuevo y con capacidad de albergar a toda la población civil gracias a la veintena de casas de cofradías y otras edificaciones que existían en su entorno. De este modo, en la mañana del 18 de agosto salían de la estación de Jaén rumbo a la de Andújar los trenes que transportaban los efectivos.

LA SUBLEVACIÓN DEL CAMPAMENTO

El plan del santuario fue meticulosamente planeado por los capitanes Reparaz, Cortés y Rodríguez de Cueto, participando en ellos el teniente Rueda. Reparaz, al mando de los guardias civiles incorporados a la columna Miaja, retrasó su planeado paso a la zona de Córdoba hasta que sus compañeros del santuario se abastecieran de los alimentos necesarios para resistir las pocas semanas que, según sus cálculos, duraría el avance de las tropas nacionales desde Córdoba y su consecuente liberación.

Éste cruzó el frente por Fernán Núñez el día 25 de agosto, llevando consigo más de 200 guardias civiles pertenecientes a la Comandancia de Jaén. Entre los guardias que no participaron en los planes de Reparaz, se encontraban 50 procedentes de Linares que fueron desarmados y enviados en dos camiones primero a Jaén para después dirigirse al santuario¹⁰.

Desde el principio de su estancia en el santuario el capitán Cortés había ideado junto al capitán Reparaz el sistema de defensa ante un posible ataque republicano. Éste consistía en la organización del campamento a través de cinco sectores que rodeaban todo el cerro, concediendo especial atención a la zona norte por ser la menos abrupta.

A partir del paso de las tropas de Reparaz a Córdoba, la situación de la población residente en el santuario se fue complicando por días. Las

¹⁰ Cfr. URRUTIA, Julio de: *El cerro...*, Op. Cit. Pág. 52.

autoridades de la provincia desconfiaban de la ambigua actitud mostrada por la Guardia Civil, y que, a pesar de las buenas disposiciones que manifestaban, no dejaba lugar a dudas con el paso de más de 400 efectivos de Jaén a la zona nacional.

De este modo, en la madrugada del día 9 de septiembre llegó a Andújar Lino Tejada, delegado especial del Gobernador civil, para conocer exactamente el grado de lealtad de los refugiados en la sierra y disolver el campamento. La actitud intransigente de ambas partes tensó aún más las relaciones, llegando a su punto culminante en la escueta carta que el comandante Nofuentes dirigió al delegado gubernativo el 12 de septiembre en la que le decía: «*tengo demasiados años y categoría para aceptar consejos de usted que para mí nada es ni representa, omitiendo por tanto toda explicación*»¹¹.

Comenzó así el lanzamiento de octavillas sobre las posiciones con el objeto de minar la moral de los residentes y provocar una reacción de la tropa contra sus jefes. Las primeras de ellas, arrojadas sobre los campamentos en las primeras horas de la madrugada, hacían ver la negativa actitud de sus mandos a aceptar las órdenes de las autoridades legítimas y les animaba a sublevarse contra ellos: «*o prestáis obediencia a unos Jefes facciosos que os llevarán a la ruina o los deponéis colocándoos dentro de la legalidad Republicana presentándoos al Delegado especial del Gobernador*»¹².

Las proclamas lograron su objetivo al sembrar dudas en buena parte de los refugiados, decidiendo el comandante Nofuentes convocar a los hombres residentes en el santuario para consultarles sobre la actitud que debían adoptar. En la asamblea, el grupo de paisanos que se habían refugiado junto a los guardias, crearon un ambiente de entusiasmo hacia la causa nacional, mientras que los guardias quedaron silenciosos en su mayoría. La reunión volvió a celebrarse el día 14 de septiembre después de que los representantes de ambos bandos se reunieran en la casa de cofradías de Torredonjimeno. En esta ocasión sólo fueron convocados los guardias civiles. La actitud de permanecer en el lugar, defendida por el capitán Cortés y el teniente Rueda, no encontró eco entre la mayor parte de los guardias que optaron por la evacuación del reducto¹³.

¹¹ Archivo General de la Guerra Civil Española (=AGGCE): *Expediente de reintegro en la Guardia Nacional Republicana de Eduardo Nofuentes Montoro*. PS. Jaén, Carp. 26, Exp. 101. Fol. 17.

¹² *Ídem*, Fol. 20.

¹³ El informe emitido por la representación republicana se encuentra en el expediente anteriormente citado entre los folios 22r y 23v. Éste coincide con lo narrado por Julio de Urrutia entre las páginas 60 y 65 de su libro.

En ese momento, el capitán Cortés daba todo por perdido mientras en la explanada del cerro se organizaba el traslado del personal del campamento. Con la partida del primer convoy, el capitán vio cómo unas mujeres que estaban en una fuente cercana eran forzadas a subir a los camiones. Esto hizo que se abalanzara calzada abajo junto a un reducido grupo de seguidores con el fin de poner fin a la evacuación del campamento. Provisos de sus pistolas reglamentarias, detuvieron a los guardias de Asalto encargados de trasladar a los residentes en el cerro. Asimismo, fue detenido a su vuelta el comandante Nofuentes que había partido con el delegado gubernativo para concretar los detalles de la evacuación y la incorporación de sus hombres a la recién fundada Guardia Nacional Republicana¹⁴.

A pesar de la actitud del capitán Cortés, continuaron los intentos de disolver el campamento de forma pacífica mediante el lanzamiento de nuevas octavillas con un lenguaje cada vez más agresivo, siendo acompañadas en esta ocasión por bombas de pequeña potencia con la intención de atemorizar a la población residente. A esta campaña, se unió el envío de parlamentarios para convencer a los jefes más destacados para que depusieran su actitud.

Entretanto, dentro del campamento se vivían horas de tensión y enfrentamiento. La postura adoptada por el capitán no convencía a un número elevado de guardias. Los que pudieron franquear los puestos de vigilancia establecidos en torno al cerro, desertaron del campamento, contabilizando Lino Tejada el 15 de septiembre 35 guardias civiles evadidos¹⁵. Esto hacía crecer en el capitán las dudas sobre la lealtad de sus hombres, por lo que dio orden de disparar a todo el que se alejara del perímetro establecido.

¹⁴ El comandante Nofuentes pasó el asedio en el santuario en calidad de detenido junto a su mujer y su hijo. Fueron puestos en libertad cuando la caída de la posición se hizo eminente en los últimos días de abril. El teniente coronel Cordón nos describe su actitud tras la toma del reducto: «*Debía sentirse alegre al recobrar su libertad y verse entre los defensores de la República, pero la impresión que daba en el primer momento era de turbación*» (CORDÓN, Antonio: *Trayectoria...*, *Op. Cit.* Pág. 285). Tras la contienda, Nofuentes fue condenado en Consejo de Guerra, siendo absuelto posteriormente por la Comisión Central de Penas, por lo que reingresó en el Ejército como comandante retirado, pasando en 1948 al empleo de coronel (Cfr. URRUTIA, Julio de: *El cerro...*, *Op. Cit.* Págs. 72-73).

¹⁵ La cifra la extraigo de la relación hecha el 15 de septiembre por el delegado gubernativo. Sin embargo, hay que hacer constar que en ella se incluyen los guardias civiles que, junto a sus familiares, formaron parte de la primera expedición que salió del santuario. La cifra de evadidos en la madrugada del día 15 habría que fijarla en los cuatro guardias civiles que se presentaron a los milicianos apostados en el sitio conocido como «Casilla de la Luz» a los que hace referencia este mismo informe (Cfr. AGGCE: *Expediente de reingreso...*, *Op. Cit.*, Fols. 23v-24v).

La desconfianza entre los jefes y la tropa se extendía también a Lugar Nuevo. De este modo, quiero referirme en este punto a las difíciles relaciones que existieron a lo largo del asedio entre el capitán Cortés y el teniente Ruano que dirigía el campamento de Lugar Nuevo. El teniente Ruano fue destituido a mediados de septiembre y sustituido en su cargo por un brigada. Este hecho se desprende del testimonio de Juan Beltrán, tío del teniente, cuando fue a entrevistarse con su sobrino el 17 de septiembre con el fin de hacerle deponer su actitud, lo cual no pudo realizar por hallarse detenido. La misma situación fue confirmada nuevamente por el propio capitán Cortés en el encuentro que mantuvo dos días después con el sargento de la Guardia Civil José Garrido, enviado por las fuerzas republicanas, al contar entre los detenidos al teniente¹⁶.

Este hecho, nos deja ver las fricciones que existieron entre el capitán Cortés y el teniente Ruano durante estos meses. El teniente Ruano estaba en este año de 1936 recién ingresado en el cuerpo de la Guardia Civil y por tanto no existía una relación anterior entre los dos oficiales. Lo primero que nos hace pensar el conocimiento de su detención es que Ruano no aceptó la dirección marcada por el capitán Cortés, pretendiendo continuar como supremo jefe de la posición que el capitán Reparaz le había confiado en Lugar Nuevo, por lo que Cortés lo destituyó por insubordinación. Según el testimonio de los que lo conocieron, Ruano tenía un carácter altanero. De este modo, cuando el comandante Nofuentes hizo un relato manuscrito sobre el asedio con el fin de ser admitido en la Guardia Nacional Republicana, describe el momento en que se encontró con los oficiales sublevados momentos antes de su evacuación. Respecto al teniente Ruano afirma que *«cambió su altivez y orgullo ante mi persona, que llegó naturalmente al desprecio, por pasar delante de mí con la vista baja y la cara llena de vergüenza»*¹⁷.

La hipótesis de no subordinarse a la dirección marcada por el capitán en el cerro igualmente toma forma con el repliegue sobre el santuario realizado en la madrugada del día 12 de abril sin previo aviso al capitán Cortés. Los primeros en llegar al santuario, de las más de 200 personas con las que contaba la expedición, lo hicieron hacia las cinco y media de la mañana. El capitán Cortés, que se encontraba en esos momentos en el cementerio dando sepultura a los caídos en la jornada anterior, se quedó estupefacto. Al día siguiente envió un parte a Córdoba comunicando la

¹⁶ Cfr. *Idem*. Fols. 34v y 40r.

¹⁷ *Idem*. Fol. 86. El relato de los hechos realizado por el comandante Nofuentes comprende los folios del 79 al 87 de este expediente.

odisea. El día 14 de abril volvió a referirse a la evacuación en otro parte que nunca llegó a su destino. La paloma que lo llevaba cayó fulminada por los disparos de un miliciano y el mensaje fue entregado al teniente coronel Cordon, jefe militar del Ejército republicano establecido en el santuario. En el texto se mostraba la pesadumbre del capitán por el abandono de Lugar Nuevo, pues empeoraba notablemente la situación de los refugiados en el santuario. Afirmaba Cortés que *«si bien existe una desmoralización en las fuerzas [de Lugar Nuevo], no es a éstas ni a las clases a las que considero responsables del trascendental paso que han dado, sino sólo exclusivamente a la falta de energía del oficial que debió oponerse a ello a toda costa»*. El comunicado continúa afirmando que *«teniendo en cuenta situación campamento, he dispuesto que las fuerzas y clases empiecen a prestar servicios mezcladas entre las que aquí hay que están animadas mejor espíritu y al oficial le he dejado sin mando con el fin de que se desimpresione, haciéndose al ambiente de la disciplina»*¹⁸.

Pero volviendo a nuestro relato y disipada toda duda de la actitud rebelde de los campamentos serranos, el delegado gubernativo Lino Tejada consideró concluida y fracasada la misión que se le había encomendado, cesando en su delegación el 25 de septiembre de 1936. Pero antes quiso hacer un último intento como responsable con el lanzamiento de más de 400 bombas, cada vez de mayor potencia. Tras la marcha se hará cargo de la dirección de las operaciones el comandante general de la columna de Andalucía Hernández Sarabia.

Así quedaba oficialmente declarada en rebeldía la población del santuario y Lugar Nuevo. Una población que se componía en el santuario de 233 combatientes y 639 mujeres, niños y ancianos; en el palacio de Lugar Nuevo había 85 hombres aptos para el combate y 231 personas no combatientes. En total existían entre los dos campamentos 318 defensores y una población residente de 870.

EL DESARROLLO DEL ASEDIO

No es objeto de este trabajo el exponer la marcha pormenorizada del campamento en los más de siete meses siguientes a lo anteriormente descrito, por lo que expondré el devenir de los hechos más destacados del sitio, prestándole especial atención a las últimas y decisivas jornadas.

¹⁸ CORDON, Antonio: *Trayectoria...*, Op. Cit. Pág. 274.

Sería aventurado y siempre impreciso dar una cifra exacta de los combatientes republicanos que en este momento asediaban el cerro. Pero para hacernos una idea de la situación en el momento de declararse en rebeldía la Guardia Civil de la provincia, podemos afirmar que las fuerzas sitiadoras, bajo las órdenes del capitán de la Compañía de Asalto de Jaén, Agustín Cantón, contaban en este momento inicial con un máximo de 1.500 personas aproximadamente. Éstos eran en su mayoría milicianos, por lo que su efectividad en el campo de batalla era mucho menor que la de los tres centenares de combatientes sitiados.

El número de milicianos destinados en el cerro y Lugar Nuevo fue fluctuando a lo largo del tiempo dependiendo de las necesidades de los frentes republicanos. En la bibliografía del asedio se han hecho estimaciones referidas a las últimas semanas de enfrentamientos sin llegar a un consenso respecto a los cálculos de efectivos por parte de los autores. Éstas varían según las fuentes que se utilicen y oscilan entre los 6.000 hombres propuestos por Antonio Cerdón¹⁹, y los 12.000 que plantean algunos escritores de la posguerra. Buscando un equilibrio entre las mismas, la mayoría de los autores proponen entre 8.000 y 10.000 soldados, cifras más que desproporcionadas para la población asediada.

Aunque por número no son significativos, son importantes los casos de combatientes que cambiaron de bando a lo largo del asedio. Ya hemos hecho mención a los 35 que, según el delegado gubernativo, se evadieron del santuario antes del día 15 de septiembre y que nosotros las reducimos a cuatro guardias civiles. Este flujo fue creciendo conforme avanza el asedio y las condiciones del campamento se fueron deteriorando, aumentando considerablemente en los últimos días.

A partir de marzo las evasiones del campamento serán frecuentes. Entre ellas hay que destacar la producida en Lugar Nuevo el día 30 de marzo. Tras intensificar la propaganda republicana y aumentar los desencuentros entre los defensores, fueron capturados cuatro guardias civiles y un paisano que trataban de alcanzar la zona nacional. En sus declaraciones pusieron de relieve el desánimo que existía en el palacio y los enfrentamientos entre los residentes. Estas desertiones minaron el ánimo de los refugiados en Lugar Nuevo y desembocaron en el repliegue hecho hacia el santuario en la noche del 12 al 13 abril.

Una de las evasiones más comentadas fue la realizada en la madrugada del día 27 de abril. En el telegrama remitido por el teniente coronel

¹⁹ *Ídem*, Pág. 281.

Cordón ese mismo día al coronel jefe del Ejército del Sur afirma: «A las dos treinta madrugada hoy se presentaron en nuestras avanzadas de la Virgen de la Cabeza dos guardias de asalto de los que los rebeldes tenían prisioneros desde septiembre y un guardia civil con un niño hijo suyo evadidos»²⁰. Este mismo caso lo refiere Julio de Urrutia entre las páginas 439 y 440 de su libro citado, quien se niega a dar el nombre del guardia, y Cordón quien lo describe al decir: «recuerdo especialmente el caso de un guardia que llegó a nuestras filas con un hijo de ocho o diez años de edad. A diferencia de lo que solía suceder con otros evadidos que al interrogarles sobre sus jefes mostraban tendencia a criticarlos, este guardia respondió muy serenamente haciendo un elogio de Cortés [...] Ese elogio que hizo el guardia me demostró que era un hombre sincero y me lo hizo simpático». El plan previsto era la evasión de toda la familia que quedaba con vida en el reducto estando en connivencia con un compañero de armas que no daría la voz de alerta hasta que hubieran llegado al campo enemigo. La fortuna hizo que su suegra, que formaba parte de la expedición, se dislocara un tobillo una vez franqueada la línea de defensa, por lo que el matrimonio acordó que siguiera con el plan trazado el padre con el hijo mientras que las mujeres regresarían al campamento ya que «el capitán Cortés no tomará represalias con dos mujeres»²¹. El guardia en cuestión era Juan Marín Bustos que prestaba servicios en la IV Sección y que no había logrado superar la muerte de su hija Rosario, de cinco años de edad, acaecida el 20 de abril. Al día siguiente de la evasión, el día 28, la explosión de un mortero acabó con otra de sus hijas, María.

También entre las filas republicanas se produjeron desertiones con la intención de unirse a la suerte de los sitiados. Así, el 13 de octubre se incorporaron al santuario dos sargentos y tres guardias civiles, y el día 23 dos guardias de Asalto, comunicando al capitán que había otros veinte compañeros en las líneas enemigas dispuestos a evadirse.

Pero conforme pasaba el tiempo la situación de la población del santuario se agravaba por momentos, por lo que Cortés no estaba dispuesto a asumir más personas en el campamento y a partir de noviembre fueron rechazadas las propuestas de evasión del campo republicano. De este modo, el día 2 un cabo y un guardia de Asalto fueron a entrevistarse con Cortés y comunicarle que estaban esperando el momento oportuno para pasarse una parte de sus fuerzas al santuario. Cuando volvieron a entre-

²⁰ Ese mismo día se evadieron diez personas más: dos guardias civiles, un miembro del Cuerpo de Seguridad y siete paisanos (Cfr. URRUTIA, Julio de: *El cerro...*, Op. Cit. Pág. 440-441).

²¹ CORDÓN, Antonio: *Trayectoria...*, Op. Cit. Pág. 276

vistarse un mes más tarde en representación de 50 compañeros, Cortés les disuadió de hacerlo, proponiendo que dirigieran sus esfuerzos en la toma de Jaén. Ese mismo día, Cortés acogió a un vecino de Fuencaliente (Ciudad Real) que huía de la persecución que padecía. El día 14, llegaron otros cuatro paisanos de dicha localidad que venían en representación de más de 300 personas de su comarca pidiendo asilo. Cortés no pudo concederles permiso para ingresar en el campamento por la precaria situación en la que vivían y que aún la agravarían más²².

Y es que desde el mes de septiembre, la situación de la población asediada fue empeorando ostensiblemente. El primer objetivo de las fuerzas republicanas fue romper toda comunicación con la zona nacional. Ésta se realizaba mediante un receptor particular debido a que la radio de la Comandancia fue entregada a finales de agosto a las fuerzas republicanas. El receptor se abastecía de electricidad mediante el generador que estaba situado en el lado noreste del templo y que fue uno de los primeros objetivos de las fuerzas leales.

Incomunicados, la única esperanza que albergaban los sitiados era la llegada de los 400 guardias civiles de la Comandancia de Jaén que habían logrado pasarse a la zona nacional y, que mucho de los cuales, tenían sus familias en el cerro. Pero los planes inmediatos del Ejército sublevado era la conquista de Madrid, lo que hubiera supuesto el final de la contienda. Esto hizo que se desplazara al centro de la península la mayor parte de las fuerzas y que los guardias de Jaén fueran dispersados en diversos frentes. El general Queipo de Llano quedó desprovisto de fuerza suficiente para acometer una rápida conquista del valle del Guadalquivir. Sus mermados efectivos sólo podían avanzar lentamente. A pesar de ello, logró importantes objetivos, como la conquista de Lopera y Porcuna dentro de la denominada «campana de la aceituna». La población de Porcuna, visible desde el santuario, hizo posible la comunicación mediante heliógrafo. Para las comunicaciones secretas, el capitán Cortés utilizaba como método el envío de palomas mensajeras que llevaban sus encriptadas comunicaciones hasta Córdoba desde finales del mes de septiembre.

Otro de los principales problemas de los asediados durante los meses que duró el mismo, fue el aprovisionamiento de víveres. Estos debían de hacerse por vía aérea desde Córdoba y Sevilla, por lo que tenían que internarse en campo enemigo durante buena parte de su recorrido. Asimismo, el elevado número de personas a las que alimentar y lo agreste

²² Cfr. URRUTIA, Julio de: *El cerro...*, *Op. Cit.* Págs. 269-270.

del terreno, dificultaba sobremanera estas expediciones. En este sentido se ha de destacar la labor realizada por el capitán Carlos Haya. De los 157 servicios de aprovisionamiento realizados al santuario, el capitán Haya realizó con su Douglas DC-2, setenta de estos auxilios. Gran renovador de la técnica aérea, supo idear sistemas para rentabilizar al máximo la eficacia de sus envíos mediante la utilización de dobles sacos, tubos metálicos e incluso la utilización de pavos para lo más delicado. Su heroísmo en el abastecimiento de los sitiados le valió la concesión de la Laureada de San Fernando, máxima distinción del Ejército español, en septiembre del 42.

A pesar de la voluntad de auxiliar a la población asediada con alimentos y medicinas, el sistema era insuficiente. Según los cálculos que realizó el capitán Cortés, se necesitaría diariamente 750 kgr. de pan y 300 más de legumbres o patatas. Ante la imposibilidad de alimentar a toda la población vía aérea, individualmente completaban la escasa ración con animales y frutos silvestres. A medida que pasaron los días, estos alimentos fueron desapareciendo de las inmediaciones del cerro. La situación se complicó aún más con la llegada del invierno, por lo que muchos comenzaron a experimentar con hierbas desconocidas, lo que motivó el envenenamiento del guardia Miguel Chamorro y dos de sus hijas en febrero del 37²³.

Igualmente hay que advertir que, conforme el invierno avanzaba, las enfermedades aumentaron considerablemente debido principalmente a las precarias condiciones en las que vivían y la falta de ropa de abrigo. La población del santuario se había trasladado desde la capital en pleno mes de agosto con la confianza de que su estancia en el cerro sería breve, por lo que en el básico equipaje que pudieron transportar no había mucho sitio para ropa de abrigo. A esto hay que sumar la destrucción, total o parcial, de aquellas construcciones que los albergaron en el primer momento, debiéndose hacinar en las escasas edificaciones que mantenían su cubrición. Hay que hacer notar que el invierno del 36-37 fue bastante lluvioso, por lo que la falta de vivienda se convirtió en otro de los graves problemas de los sitiados.

Y es que la aviación y la artillería fueron los protagonistas de los hostigamientos durante estos meses. Ya vimos cómo el bombardeo de la posición comenzó desde el inicio del sitio. Si éstos tuvieron al principio

²³ Según el cuadro clínico que los intoxicados presentaban y el aspecto externo de la planta ingerida, el médico José Liébana dedujo posteriormente que se trataba de *cicuta minor* (Cfr. URRUTIA, Julio de: *El cerro...*, *Op. Cit.* Pág. 321-324).

la misión de lanzar comunicados a la población y bombas de escasa potencia para disuadirlos y que depusieran su actitud enfrentándose a sus jefes, pronto los vuelos se convirtieron en demostraciones de fuerza sobre la población del santuario.

Ya he hecho mención a los bombardeos que mandó realizar Lino Tejada entre los días 16 y 24 de septiembre con el lanzamiento de más de 400 bombas, utilizando para ello aviones procedentes de los aeródromos de Baeza, y sobre todo, de Andújar. Estos bombardeos, ocasionaron el primer muerto en combate, el brigada de Carabineros Juan Molina Gómez. Su cadáver fue enterrado con la solemnidad que los medios permitían bajo una bandera española bicolor en el improvisado cementerio²⁴, siendo el primero en ser inhumado en este lugar que acogería durante el asedio a todos los difuntos.

Debido al tiempo y al desarrollo de la guerra, los bombardeos por aire nunca fueron regulares. Tras días de relativa calma, se iniciaban otros de continuo e intenso bombardeo aéreo, reforzado por la artillería. Desde el aire, ningún refugio era seguro para los centenares de personas que ocupaban el cerro.

A pesar de la destrucción de inmuebles que realizaba la aviación, fue la artillería republicana la que ocasionaba el mayor hostigamiento de la posición. La presencia de piezas de artillería destacadas en el cerro fue bastante irregular en el tiempo, trasladándose a otros frentes según las necesidades de la guerra.²⁵ El avance de las tropas nacionales del general Queipo de Llano, hizo interpretar a los mandos republicanos que su objetivo era liberar el santuario, por lo que reforzaron la posición con importantes piezas de artillería. A finales de octubre se instalará una batería de 10'5 junto a la caseta de peones camineros²⁶ que castigará durante el asedio el lateral norte de la iglesia hasta convertirla en escombros.

Tras el fracaso del ataque del día 1 de noviembre, en el que llegaron a participar 9 aviones además de la fusilería y artillería, se reforzó aún más esta última por el alto grado de rendimiento que se obtenía en la destrucción. El día 5 de noviembre se situaron dos piezas más de 12'40 en la casa

²⁴ Cfr. *Ídem*, Pág. 145.

²⁵ No existe un cómputo exacto de las piezas artilleras destinadas al asedio. Algún autor se ha aventurado hacer un cálculo de las últimas jornadas cifrando éstas en cinco baterías de 7,5; una de 105; otra de 12,40, un cañón de 10,5 y otro de 15 milímetros. A esto habría que añadir diez morteros de 81, cuatro lanzaminas de 100 mm. y setenta ametralladoras (Cfr. AZNAR, Manuel: *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)*. Ediciones Idea S.A., Madrid 1940², Pág. 256).

²⁶ URRUTIA, Julio de: *El cerro...*, Op. Cit. Pág. 224.

de Orti. A pesar de cumplir con su función, éstas se vieron insuficientes para una toma rápida de la posición, por lo que el día 9 de noviembre llegó una nueva batería de 7'5 para redoblar el castigo artillero. Un despliegue de medios desproporcionado frente a los sitiados que tan sólo contaban con fusiles para su defensa.

De los duros ataques de noviembre, las fuerzas republicanas sólo pudieron ocupar escasas avanzadillas, produciéndose, en las dos primeras semanas del mes, más de una veintena de muertos entre los asediados. Pobres resultados para la demostración de fuerza realizada y la población que se trataba de reducir. Lo que sí puso de manifiesto fue que, para tomar la posición, era necesario neutralizar previamente el cerro que ocupaba la cuarta sección.

Pero las necesidades de otros frentes hicieron que se redujeran los dispositivos allí desplazados. De este modo, en enero del 37 la tropa republicana destacada en el santuario se componía de 2 capitanes, 4 tenientes, 8 suboficiales, 185 milicianos y un capitán con 240 guardias de Asalto. Asimismo la artillería quedó reducida a una batería de 11,⁵²⁷.

HACIA EL COMBATE FINAL

El santuario no poseía interés estratégico para ninguno de los bandos combatientes al estar aislado en Sierra Morena, a más de treinta kilómetros de Andújar con la que lo unía una carretera sin asfaltar que terminaba en el cerro. Además se conocía la población allí residente, compuesta en su mayoría por personal civil, siendo el grupo de combatientes numéricamente escaso e insuficiente como protagonizar ningún hostigamiento a la ciudad de Andújar o cualquier otra posición republicana. Cabe pues preguntarse qué interés suscitaba este enclave para el bando republicano.

Para entender la utilidad que podía reportar el hacerse con el santuario hay que tener en cuenta que el desenlace obtenido en el Alcázar de Toledo y el uso propagandístico que de él hizo el Ejército sublevado fue motivo más que suficiente para tratar de contrarrestarlo con la toma definitiva de la posición del santuario. A esto habría que añadir, la difusión que estaba tomando la odisea vivida entre aquellos riscos en la prensa nacional e internacional, por lo que la finalización del mismo podía ser explotada como propaganda por parte del gobierno republicano. Desde

²⁷ Cada una de las baterías republicanas se componían de tres piezas artilleras.

este punto de vista, quiero llamar la atención sobre las palabras del historiador británico Hugh Thomas que afirmó que «*más aún que las defensas del Alcázar y de Oviedo, que terminaron felizmente, [el asedio al santuario] había ganado la admiración de los españoles de todos los bandos*».

Asimismo, en los primeros días del mes de marzo, las tropas del general Queipo de Llano trataron de hacer una incursión por el norte de Córdoba con el fin de alcanzar las minas de mercurio de Almadén y la liberación del santuario. El ataque fue detenido en Pozoblanco por el teniente coronel Joaquín Pérez Salas.

A esto habría que añadir que en este mes de marzo, el Ejército republicano había cosechado una importante victoria militar en Guadalajara frente a las tropas italianas que trataban de hacerse con la ciudad. Este hecho sirvió para insuflar ánimo a sus combatientes que hasta ese momento de la guerra sólo habían visto retroceder sus posiciones.

Dentro del ambiente de optimismo, el Ejército republicano deseaba sumar esta nueva conquista que, más que por su valor estratégico, se convertiría en símbolo de la eficacia de la nueva organización militar que se había producido en los primeros meses del año con la creación primero de las Brigadas Mixtas y más tarde de las Divisiones, y con el nombramiento del coronel Gaspar Morales como jefe del Ejército de Andalucía.

Será a partir del mes de marzo cuando comience a estudiarse entre los mandos republicanos la idea de terminar definitivamente con el santuario, reforzando aún más el cerco tanto con nuevas piezas de artillería como de personal combatiente, apuntándose por primera vez la idea de trasladar una unidad de tanques. El día 24 se le comunicó al teniente coronel Gazzolo que «*el Ministro encarga con particular interés que se liquide el asunto de Santa María de la Cabeza*». Como primera medida se reforzará el uso del denominado «altavoz del frente» con el fin de desmoralizar a la castigada población asediada. Ante él hablarían a los sitiados corresponsales extranjeros, poetas, artistas, comisarios políticos, evadidos y presos pidiendo la rendición de la posición²⁸.

²⁸ Entre los invitados a dirigirse a los sitiados tenemos a Richard Mowrer, corresponsal de *Chicago Daily News*, los periodistas Jean Ross e Ilia Ehrenburg, los poetas Miguel Hernández y José Herrera Petere, y la escritora Constanza de la Mora entre otros. Más pormenorizada es la descripción de la visita de los padres del Inmaculado Corazón de María, presos en la cárcel de Jaén, que fueron llevados el 16 de abril con el fin de buscar una salida humanitaria a la situación y que se encuentra descrita en: RIVAS, P. Dionisio: *Bética mártir o escenas de la pasada revolución en la provincia religiosa de ese nombre de los misioneros hijos del inmaculado Corazón de María*. Editorial Católica Española, Sevilla 1948, Págs. 64-68.

Una de las primeras consecuencias del funcionamiento del altavoz fue la deserción de cuatro guardias y un paisano de Lugar Nuevo con la intención de pasarse a zona nacional, aunque con tan mala fortuna que fueron apresados. Sus declaraciones mostraron al Ejército contrario la desmoralización que existía en el campamento del palacio *«debido en primer lugar a los efectos de nuestra propaganda, y, también, a la actuación del jefe [...] al que acusaban de favoritismo en el reparto de víveres y de poca sensibilidad en el trato con sus subordinados»*²⁹. Conocido el desánimo de esta tropa, el capitán Cortés reforzó dicha posición con el envío de 14 guardias civiles del santuario con el fin de elevar la moral de los combatientes.

El envío de nuevos efectivos republicanos comenzó a sentirse desde los primeros días del mes de abril, aumentando considerablemente hasta la definitiva toma de la posición el 1 de mayo.

Pero el protagonista de la última jornada será el carro de infantería T-26 B que tan buenos resultados había cosechado en las batallas de Seseña y Guadalajara. Hasta el cerro llegó una Compañía de éstos compuesta de 10 ó 12 carros. De fabricación rusa, el T-26 B contaba con un cañón de 37 mm., el más versátil de aquellos momentos, y una ametralladora coaxial.

El día 17 de abril arreciaron los ataques, comenzando a bombardear de forma continua incluso por la noche. Ese día, se contaron 37 muertos entre los sitiados. Pero será dos días más tarde, el 19 de abril, cuando los tanques comiencen su actividad. El ataque de ese día se inició a las dos de la madrugada con fuego intenso. A las 7 de la mañana ya eran 16 las víctimas mortales entre los defensores. Con la primera luz del día los tanques comenzaron su marcha. Primero ocuparon los derruidos muros de tres casas aledañas al cerro, para encaminar su rumbo hacia la calzada de ascenso. La intervención de la aviación nacional y el valor de los defensores, frustraron el despliegue de los carros, inutilizando dos de los seis que participaron en la operación.

A pesar del optimismo que el enfrentamiento de esta jornada dio a ambos bandos, la situación de los defensores era insostenible. El aumento de los ataques y la reducción del cerco hacían inaguantable por muchos días aquella situación. Así lo entendió el general Franco que a estas alturas de abril contactó con la Cruz Roja Internacional para que intercediera en la evacuación de las mujeres y los niños del santuario, y garantizara

²⁹ CORDÓN, Antonio: *Trayectoria...*, Op. Cit. Pág. 272.

sus vidas. Así se lo trasladó Queipo de Llano a Cortés. Ante los titubeos de éste, el general insiste y ordena el cumplimiento de la orden de evacuación, apuntando la idea de que una vez realizada, podrían aprovechar la oscuridad nocturna para intentar alcanzar las líneas nacionales.

A las 9 de la noche, se anunció por el altavoz la llegada de los representantes de la Cruz Roja. Los mandos republicanos negaron el permiso para que accedieran hasta el santuario, por lo que pidieron por el altavoz que una delegación de sitiados se reunieran con ellos entre ambos frentes. Entre las condiciones propuestas por los defensores se encontraba que la población asediada fuera evacuada a zona nacional en grupos de 40, no saliendo otro convoy hasta que el anterior hubiera llegado a su destino y comunicado por heliógrafo desde Porcuna.

Estas condiciones no fueron aceptadas por el teniente coronel Cerdón, exigiendo que los evacuados fueran llevados a zona republicana. El gobierno de Valencia fue aún más radical, pues el ministro Largo Caballero ordenó que no se admitiera ninguna evacuación si no iba precedida de la rendición incondicional de los combatientes, dejando expresada su intención de sancionar al coronel Morales si no cumplía la orden. También ordenaba que *«en el caso de que la evacuación se hubiera realizado ya, completa o parcialmente, las personas que hubiesen salido del santuario se reintegrasen a él»*³⁰.

El 25 de abril Cortés envió a dos parlamentarios a entrevistarse de nuevo con los delegados de la Cruz Roja. Al no aceptar las condiciones establecidas, quedaron rotas las negociaciones. Como último recurso, el general Franco contactó de nuevo con la Cruz Roja para evacuar a las mujeres y niños del santuario. La nueva propuesta establecía que los evacuados permanecerían agrupados hasta que se concertara un canje de prisioneros con el gobierno de Valencia. Pero este último intento no llegó a realizarse, por lo que la población del santuario se preparó para el ataque definitivo.

³⁰ *Ídem*, Pág. 279. Esta noticia fue recogida por el diario ABC de Sevilla en la página 9 de su edición del 7 de mayo en la que afirmaba que *«en estos últimos días, una delegación hecha por la Cruz Roja Internacional para salvar a las mujeres y a los niños del santuario de la Virgen de la Cabeza, en Jaén que estaban sufriendo los efectos de los bombardeos y cañones, fue precisamente rechazada por el llamado Gobierno de Valencia, diciendo que no la aceptaba, sino a condición de rendición de los defensores, por considerar que la evasión podría prolongar la resistencia»*.

LA TOMA DEFINITIVA

A las cuatro y media de la madrugada del 1º de mayo se inició el fuego de artillería sobre la posición. Hacia las seis comenzaron a movilizarse los tanques. El plan, expuesto por el teniente coronel Cordón, consistía, según sus palabras, en «*un ataque frontal realizado por la casi totalidad de las fuerzas y medios con que podemos contar*»³¹. De este modo, parte de los efectivos se destinaron a atacar las secciones I, III y V con el fin de fijar los combatientes que había en ellas, mientras que los tanques avanzaron hasta la explanada donde se iniciaba la calzada para batir por la retaguardia las secciones II y IV.

La noticia de la caída de la sección IV tras un duro enfrentamiento llegó al capitán Cortes mientras, fusil en mano, defendía los muros del destruido santuario. Él como nadie sabía que la pérdida de esta posición era la antesala de la caída de todo el campamento, por lo que a partir de conocer la noticia, adoptó una actitud desafiante ante el peligro, exponiéndose sobremanera al fuego enemigo. Parecía con su comportamiento que había decidido morir entre aquellos riscos. Y así prácticamente sucedió. En las primeras horas de la tarde, fue alcanzado por la metralla de una granada de artillería que lo herirá gravemente en el vientre*. No satisfecho con ello, pedirá insistentemente agua a sus acompañantes para acelerar su muerte mientras las tropas republicanas tomaban las posiciones del recinto.

Una vez concentrados en la lonja del santuario los combatientes, se procedió a la evacuación de todo el personal: las mujeres y los niños lo hicieron en la explanada al pie del cerro, mientras que los combatientes fueron conducidos a la casa de peones camineros. El alférez Carbonell contó en esta concentración a los hombres que quedaban ilesos: 42 combatientes.

A lo largo de la carretera se fueron situando las camillas de los heridos para ser examinados por los médicos que establecían el orden de evacuación según su gravedad. En la primera ambulancia que se improvisó, se trasladó al capitán Cortés, dos milicianos y la hija del brigada Jiménez que llegó cadáver al hospital de sangre establecido en las Viñas de Peñallana. La ambulancia llegó a su destino hacia las ocho de la tarde, siendo interrogado el capitán y sometido durante la noche a una operación quirúrgica

³¹ CORDÓN, Antonio: *Trayectoria...*, Op. Cit. Pág. 280.

* El proyectil le atravesó el lóbulo derecho del hígado, el intestino grueso y varios asas del intestino delgado (Cfr. *La Vanguardia*, 22 de mayo de 1927).

por el doctor Santos Laguna. Al día siguiente, 2 de mayo, poco después del mediodía, moría el capitán como consecuencia de sus heridas.

La población civil, fue llevada hasta el Viso del Marqués en donde quedó alojada en un primer momento en el palacio del marqués de Santa Cruz y, pocos días después, entre las familias de esta población de las que recibieron un amable trato durante toda su estancia.

El resto de combatientes fueron conducidos al antiguo cuartel que la Guardia Civil tenía en la plaza de Santa María de Andújar. En la madrugada siguiente fueron trasladados hasta el presidio de San Miguel de los Reyes en Valencia, donde permanecieron buena parte de ellos hasta su liberación por las fuerzas del general Aranda el 29 de marzo del 39. En total fueron liberados dos tenientes, dos alféreces, un brigada, tres sargentos, diez cabos, cuatro cornetas, tres guardias primeros y ochenta y seis guardias de segunda. Murieron en el penal un brigada, un cabo y tres guardias.

Con esto se pone fin al relato de los hechos llevados a cabo durante los cerca de los nueve meses que duró el asedio al santuario. Acciones que ponen de relieve el sacrificio y heroísmo de sus protagonistas, mostrándonos a la par el dramatismo y la sinrazón del enfrentamiento entre hermanos que supuso la última guerra civil en España.

LA DESAPARICIÓN DE LA IMAGEN DE LA VIRGEN DE LA CABEZA

La desaparición de la imagen de la Virgen de la Cabeza en los últimos días de abril o primero de mayo de 1937 añadió al relato de los heroicos hechos vividos en el santuario un halo de misterio que acentuaba el carácter mítico que fue adquiriendo la figura del capitán Cortés en la posguerra sobre la base de la ocultación de la venerada talla.

Según testimonios anteriores a la guerra, la escultura medía unos 60 centímetros de altura en total y era de madera de cedro. Ninguno de los relatos conservados presenta una descripción de la imagen completa «*por no habérsele quitado las vestiduras interiores que se conservan en perfecto estado*»³², aunque podemos decir que era de talla completa y sedente que se alzaba sobre una base poligonal, sosteniendo en su brazo izquierdo al Niño.

³² MASIA Y LLOMPART, José María: *Historia documentada de Nuestra Señora de la Cabeza, patrona de Andújar*, Imp. La Puritana, Andújar 1939, Pág. 31.

Debido a la devoción que en la provincia de Jaén se le rendía a la imagen, al igual que en muchos lugares de la alta Andalucía y La Mancha, permaneció en su camarín una vez desalojados los padres trinitarios del recinto a finales de julio del 36. Con el fin de evitar cualquier tipo de profanación, las autoridades de Andújar decidieron precintar el templo, poniendo de este modo a salvo todas las imágenes que contenía el santuario, de forma que cuando el 18 de agosto llegaron los guardias civiles y familiares se encontraron el edificio intacto. Entre las más de un millar de personas que a partir de esa fecha poblaron el santuario y sus aledaños, existió una especial devoción hacia esta advocación, aunque la población residente solía rezar ante una imagen de la Virgen del Pilar, patrona del Cuerpo, que fue colocada en la conocida como sala de peregrinos en donde se celebraba la misa en los primeros días del asedio.

La imagen de la Cabeza se mantuvo en el camarín hasta el 5 de noviembre, fecha en la que una bomba lo destrozó, siendo cambiada por el capitán Cortés y el sacerdote Adoración Reyes a una alacena incrustada en la roca que existía en la habitación que ocupaba la familia del teniente coronel Iglesias en la planta baja de la hospedería. La alacena estaba dividida en dos por un anaquel y cerrada por unas puertas de madera con cerradura cuya llave custodiaba celosamente el estudiante de medicina José Liébana por tener en ella una talega que contenía sus víveres. En la parte baja de la misma se guardaban dos maletas con efectos personales y alhajas de su hermana Carmen, esposa del teniente Rueda, y de M^a Carmen Iglesias, hija del teniente coronel.

Conforme avanzaba el tiempo se iba alejando más la posibilidad de la ansiada liberación del reducto por las tropas nacionales. Ante lo que se consideraba inevitable, el médico de Villanueva de la Reina, Jacinto Lillo Martínez, conocido como «doctor Astra» para evitar represalias sobre su familia que había quedado en esta localidad y que coordinaba desde Sevilla los suministros del cerro, envió unas instrucciones a Cortés para ocultar la imagen de la Virgen si llegaba el momento necesario. En ellas se aconsejaba que se hiciera en presencia de, al menos, dos personas para saber el lugar exacto de su ocultación. La imagen debía ser cubierta, según estas instrucciones, con papeles fuertes e impregnada toda ella de grasa consistente para evitar que la humedad deteriorase la talla, siendo recubierta por un buen envoltorio de ropa y trozos de mantas. Asimismo se aconsejaba utilizar para su ocultación uno de los tubos metálicos que habían servido para enviar el socorro aéreo durante el asedio³³. A esto hay que añadir lo

³³ Cfr. CALZADO GÓMEZ, Francisco: *El enigma de la Virgen de la Cabeza*. Jaén 1991, Pág. 60.

afirmado por el teniente Ruano al padre Gabriel Bellido cuando en los primeros días del mes de abril de 1939 subieron al santuario. En la conversación, el militar afirmó que existió un juramento entre el capitán Cortés y los tenientes Rueda, Ruano y Porto para esconder la imagen «*si se veía todo perdido y a no decir nada sobre el lugar aunque nos costara la vida*»³⁴.

En base a estas afirmaciones y otras similares, se tejió una pía leyenda sobre la ocultación de la talla que revalorizaba aún más la imagen del héroe del santuario con cuya muerte se llevó el secreto sobre el lugar donde se ocultó la Virgen de la Cabeza. A ésta no faltaron relatos y testimonios que corroboraban la generosa teoría de unas personas que se resistían a cualquier otra hipótesis que no fuera la de la ocultación.

Así tenemos el testimonio de Julián García Romero, recogido por Julio de Urrutia, que afirma que horas antes de la caída de la posición transportó sobre sus espaldas al brigada Jiménez Claver que había sido herido en el cerro de la cuarta sección. Antes de llegar al santuario fue relevado por otro de sus acompañantes. Repuesto de la fatiga, penetró en el santuario por la puerta sur. Al entrar en la habitación de la familia del teniente coronel Iglesias con el fin de despedirse de la Virgen de la Cabeza, una de las personas que en ella había le dijo: «*No la busque que no está*»³⁵. Otro de los testimonios que mantuvo durante años la esperanza de que la imagen hubiera sido escondida fue la del guarda de la dehesa de la Virgen, Francisco Porras, que tenía su vivienda frente al santuario y que permaneció en el campamento hasta el fin del sitio. Éste solía contar a sus familiares que en la tarde del 29 de abril, después de terminar el duro ataque de ese día, el capitán Cortés invitó a algunas personas que se encontraban en el destruido santuario a despedirse de la Virgen, quedando de nuevo en la alacena. Según el mismo testimonio, el guarda vio en la madrugada del día siguiente, poco antes del amanecer, cómo el capitán Cortés «*salía del santuario acompañado de un guardia civil que era portador de un bulto envuelto en una manta. Ambos se dirigieron por la ladera S.E. del Cerro [...] Cierta tiempo después volvió a ver al capitán Cortés y a su acompañante que volvía sin el bulto del que anteriormente era portador*». Del acompañante de Cortés creía Francisco Porras, sin fundamento alguno, «*que era uno de los muchos que murieron en las horas finales del asedio*»³⁶.

³⁴ URRUTIA, Julio de: *El cerro...*, Op. Cit. Pág. 537.

³⁵ El testimonio del entonces capitán de la Guardia Civil Julián García Romero es transcrito por Julio Urrutia en la página 542 de su libro. En este mismo sentido, Fr. Gabriel de la Dolorosa recogió en los años 50 el testimonio de una mujer que afirmaba que al subir al camión para ser evacuada del cerro exclamó: «*¡Ay, qué va a ser ahora de la Virgen!*» a lo que una voz de sus compañeras de viaje le contestó «*No os preocupéis. A la Virgen no la cogen, que está bien escondida*».

³⁶ TORRES LAGUNA Carlos de: *La Morenita y su santuario*. Andújar 1961, Págs. 282-283.

Estos testimonios, juntos a otros similares, alentaron la posibilidad de la ocultación cuando las circunstancias hacían temer el asalto final de la posición. Pero tenemos que puntualizar que en las últimas horas del asedio el capitán Cortés no dejó de estar acompañado en todo momento por Pedro Gallego, un joven guardia que desde el principio del cerco le sirvió de secretario y que, debido a su demostrada lealtad, fue el confidente del capitán en la marcha del campamento. Sobre lo visto por el guarda Francisco Porras aquella noche hay que precisar que el bulto envuelto que portaba el joven guardia civil pudiera ser la caja fuerte de la Comandancia que el capitán Cortés, en su calidad de capitán-cajero en Jaén, transportó hasta el santuario. En el momento de su ocultación la caja había sido despojada del dinero que quedaba y en su lugar introdujeron los documentos relacionados con el campamento y las copias de los mensajes transmitidos mientras que las claves fueron guardadas por Gallego en el bolsillo de su guerrera, destruyéndolas en el momento que las fuerzas del ejército republicano tomaban las dependencias del santuario. Finalizada la contienda, Pedro Gallego, superviviente de los hechos, volvió a buscar la caja fuerte y que fue entregada en la Comandancia de la Guardia Civil de Córdoba.

Otras versiones atribuyen al teniente de Carabineros José Porto la acción de ocultar la imagen en los últimos días de combate al dirigir el sector sureste del santuario que era un lugar idóneo para esconderla por ser el más agreste y en el que existía numerosas oquedades naturales entre las rocas. Asimismo, cuando cayó herido el capitán Cortés el día 1 de mayo, pidió que llamaran a Porto con el que conversó en secreto, viendo algunos de los testigos en este encuentro el interés del jefe del reducto en confirmar que la imagen había sido escondida. Sin embargo debemos hacer notar que, conociendo el capitán de la gravedad de sus heridas y de la inminente caída del cerro, lo más lógico sería que le transmitiera a éste las últimas instrucciones para la entrega de la posición salvaguardando la vida de las más de un millar de personas que aún se encontraban en el mismo. Si fue éste el objeto de la entrevista Porto no pudo dar testimonio de ella pues, con la entrada de los primeros milicianos en la explanada del santuario, el teniente de Carabineros trató de dirigir como enloquecido la defensa en la sala de peregrinos, animando a los hombres allí refugiados a una resistencia hasta la muerte. Con la llegada de los primeros milicianos a la sala y al verse rodeado llevó su pistola hasta la sien y disparando acabó con su vida.

Los testimonios que avalaban la teoría de la ocultación fueron de capital importancia en la gestación del mito del capitán Cortés, teniendo

una mayor aceptación popular en detrimento de las versiones que afirmaban que en el momento en el que cayó el santuario la imagen se encontraba en la alacena. Estas teorías también cuentan con testimonios de primera mano, como José Liébana quien afirmó que la única llave de la alacena la tenía él, siendo la última vez que se abrió la misma a primeras horas de la noche del día 30 de abril cuando M^a Carmen Iglesias le pidió la llave para sacar algo de su maleta. Al estar atendiendo a un herido, Liébana no la acompañó, devolviéndole la misma poco tiempo después. En las últimas horas del asedio José Liébana logró escapar del cerro, encaminando sus pasos hacia la zona nacional hasta que el día 5 de mayo fue apresado. Debido a los detalles que dio en el interrogatorio al que fue sometido, las autoridades republicanas decidieron continuar con el mismo en el santuario. En él pudo el joven médico comprobar el estado en el que había quedado el edificio. Al llegar a las dependencias que alojaron a la familia del teniente coronel Iglesias, vio cómo las puertas de la alacena estaban rotas a golpes, quedando en el exterior restos de hogueras con trozos de ornamentos sagrados y en el suelo de la habitación el pequeño manto que tuvo puesto la imagen durante el asedio³⁷.

Otro de los testimonios contrarios a la ocultación fue la transmitida por el entonces capitán de la guardia civil Rodríguez de Cueto que, habiendo estado en el campamento en los primeros días del alzamiento, pasó a zona nacional con el nutrido grupo que dirigía el también capitán Antonio Reparaz. Rodríguez de Cueto participó en numerosas incursiones aéreas sobre el reducto debido a la permanencia en él de su mujer y sus hijos. El segundo de los libros que durante la guerra publicó se basaba en el testimonio de su familia además del nutrido grupo de comunicados del campamento con la zona nacional. En su libro *Epopeya del santuario de Santa María de la Cabeza*. Santiago Cortés afirma sobre la imagen de la Virgen que la «habían deshecho a machetazos» sin que para ello exista ninguna argumentación³⁸.

Más reciente es el testimonio dado por uno de los hijos del capitán Cortés, Juan Pedro, quien padeció el asedio junto a su padre. En uno de los artículos que publicó sobre el tema en Diario Jaén en 2003, afirmó: «Yo recé, después de haber confesado, ante la antigua imagen que guardaba-

³⁷ El testimonio de José Liébana fue transcrito por Julio de Urrutia entre las páginas 530 y 533. Además, Calzado Gómez publicó una breve correspondencia sobre este tema entre las páginas 77-86 de su libro.

³⁸ RODRÍGUEZ de CUETO, José: *Epopeya del santuario de Santa María de la Cabeza*. Santiago Cortés. Editorial Española, San Sebastián 1939, Pág. 311.

mos en una alacena tallada en la roca, en la planta baja de la hospedería, fachada sur del santuario, media hora antes de que las milicias republicanas entraran en el santuario»³⁹

Asimismo, no faltaron supervivientes que afirmaran que entre los pocos despojos que las fuerzas republicanas pudieron aprehender como botín de guerra, estaba la imagen de la Virgen, llegando algunos a afirmar que vieron cómo dos militares republicanos la envolvieron en una manta y desaparecieron con ella hacia el sector noreste⁴⁰.

Al hilo de estos testimonios hay que señalar que el 7 de octubre de 1939, el diario madrileño ABC publicó la noticia que la imagen de la Virgen había sido encontrada en el domicilio de un chófer en Valencia. La noticia despertó gran interés en la provincia de Jaén, sin embargo, a ésta le siguió un largo silencio que ha durado hasta los primeros años de este siglo cuando el historiador andujareño Enrique Gómez Martínez ha retomado esta línea de investigación defendiendo la verosimilitud de dicha noticia.

De las dos versiones que existieron al final de la contienda en torno a este asunto fue la primera de ellas, la que defendía la ocultación de la imagen, la que se impuso en la España franquista aunque ambas tenían los mismos visos de credibilidad. Con dicha versión se trataba de poner de relieve la preocupación del jefe del destacamento en salvaguardar la imagen de la profanación que, según su pensamiento, harían los milicianos con su entrada en el campamento. Ante esta visión es fácil pensar el compromiso que adquirieron los tenientes Rueda, Ruano y Porto con el capitán Cortés de esconder la imagen cuando se viera todo perdido. De haber existido dicha conversación entre la oficialidad debió suceder en la segunda quincena de abril, una vez que la población existente en Lugar Nuevo, bajo el mando del teniente Ruano, se unió al campamento del santuario. A esto se añade que para estas fechas sólo unos pocos optimistas confiaban aún en la ansiada liberación del reducto. Las cosas fueron complicándose a medida que pasaban los días por el reforzamiento de las posiciones republicanas en torno al santuario. A partir del 24 de abril la llegada de efectivos humanos y nuevas piezas de artillería republicana aumentó considerablemente. Durante la noche anterior fueron continuos los camiones que ascendieron y se dirigían a las diferentes posiciones

³⁹ CORTÉS CAMACHO, Juan Pedro: *Diario Jaén*, 7 de marzo de 2003. En la misma línea se encuentra su libro *La Epopeya del silencio*.

⁴⁰ Este testimonio fue dado por un familiar del guardia Morente, describiendo a los ejecutores como «dos militares bien portados» (Cfr. URRUTIA, Julio de: *El cerro...*, Op. Cit. Pág. 533).

para reforzar sus efectivos. Este hecho no pasó desapercibido para los defensores que veían desde el cerro las luces de los vehículos serpenteando a lo largo de la carretera de Andújar. Tampoco tuvo que escapar a los mandos de los resistentes que tan desmesurada concentración de fuerzas no podía mantenerse en la sierra durante demasiado tiempo por la debilidad en que dejaba otros frentes. De este modo podemos pensar que los sitiados esperaban el definitivo asalto en cualquier momento de esta última semana de abril.

Con las primeras luces del día 24 los peores pronósticos se hicieron realidad al observarse una gran cantidad de tropa en torno al cerro y el establecimiento de varias piezas de artillería de gran alcance que desde la casa de Orti no cesó de castigar desde ese día la fachada sur del recinto en donde se alojaban numerosas personas, especialmente mujeres, niños y heridos, por haber sido este lateral el lugar más resguardado del fuego enemigo hasta ese momento. Con la ruptura de las conversaciones con la Cruz Roja Internacional en la noche del 25 de abril el bombardeo cobró especial virulencia sobre la fachada sur del edificio causando numerosas bajas entre la población civil. Por este motivo, debemos pensar que en esta última semana el fin del asedio se esperaba en cualquier momento, de lo que debía ser consciente el mismo capitán-jefe de la posición que había realizado su carrera militar en los enfrentamientos bélicos en África. Por tanto, si existió una verdadera intención de esconder la imagen de la Virgen, como así fue expresado en otras ocasiones, fue durante esta última semana cuando se debió hacer y no necesariamente, como afirman algunos de los testimonios, durante la última noche del asedio.

Como hemos visto, la teoría de la ocultación de la imagen fue la más extendida durante la dictadura franquista, especialmente en Andújar y demás lugares que tenía la devoción en esta imagen. En base a ésta se organizaron numerosas excursiones en los años sucesivos a la guerra con el fin de encontrar la imagen entre las agrestes rocas del cerro sin resultado alguno. Ante las infructuosas búsquedas, se fue abriendo paso una versión sobre la misma que, manteniendo la ocultación, apuntaba a que fue encontrada por alguna de las muchas personas que se acercaron hasta las ruinas del santuario buscando algún despojo y vendida a algún anticuario extranjero⁴¹. Esta nueva teoría no descartaba la línea

⁴¹ Esta búsqueda de despojos una vez finalizado el asedio fue habitual. El padre Fr. Andrés de la Inmaculada nos contó hace algunos años que cuando se estaba construyendo el actual rosario monumental a lo largo de las calzadas del santuario, un chatarrero de Andújar le ofreció una placa de bronce, obra de Luis Vasallo, que pertenecía al rosario destruido durante la guerra civil y que fue recogida junto a otros despojos entre las ruinas del santuario. La escena que representa es la coronación

inicial de investigación, llegando incluso Fr. Gabriel de la Dolorosa, junto a Francisco Calzado, a recurrir a la radiestesia por si esta técnica arrojaba alguna luz sobre el asunto. Ni que decir tiene que ninguna de estas indagaciones dieron resultados concluyentes sobre el paradero de la imagen, con lo que el mito formado en torno a la figura de Cortés no pudo ser completado con la imagen del capitán que, ante los más duros ataques, no descuidó sus deberes religiosos poniendo a salvo la centenaria imagen para evitar su profanación.

En este punto muerto se encontraban las cosas cuando un programa televisivo emitido por algunas cadenas autonómicas denominado «*Flash-Back. Regreso al pasado*» comenzó a indagar a mediados de febrero del 2003 sobre el conocido fenómeno de las caras aparecidas en Bélmez de la Moraleda. Durante la emisión de este programa y los que le siguieron, dieron cuenta de la relación de las mencionadas caras con la familia del guardia primero Miguel Chamorro Sánchez muerto en el santuario el día 2 de febrero, junto a sus dos hijas mayores, por la ingestión de alguna raíz venenosa. Con la muerte del padre y las dos hijas mayores de esta familia, ésta quedaba reducida a la madre y cinco hijas más que continuaron en el santuario. El día 26 de abril, y debido a la explosión de uno de los mortíferos cañonazos que desde la casa de Orti continuamente castigaban la zona sur del santuario, murió junto a los muros ya destruidos de la antigua casa de Colomera la viuda del guardia Chamorro, Isabel Gómez Cámara, junto a tres de las hijas que quedaban con vida. En esta triste jornada fueron más de cuarenta las personas, en su mayoría mujeres y niños, que perecieron ante los constantes proyectiles republicanos. La precisión de la fecha, 26 de abril, la tenemos gracias al testimonio dado por el alférez Carbonell y recogido por Julio de Urrutia en su mencionado libro. Afirma el alférez que al anochecer de ese día relevó al capitán Cortés en la función de dar sepultura a los muertos durante la jornada⁴². De este modo recordaba «*el momento de mayor impresión*» en esta primera noche que le tocó presidir las inhumaciones cuando los enterradores de-

de la Virgen y se encuentra colocada en el monolito más cercano al santuario, pudiéndose observar varios impactos de proyectiles sobre la misma.

⁴² El capitán Cortés estuvo presente en todas las inhumaciones que se realizaron en el santuario desde el inicio del asedio hasta la fecha arriba indicada. Aprovechando la oscuridad de la noche y con ella el cese parcial de los disparos por ambos bandos, los refugiados aprovechaban para recoger alimentos, visitar a sus seres queridos... y dar sepultura a los muertos caídos durante el día. El oficio se realizaba en el cementerio establecido aprovechando la vaguada del cerro de la Cuarta, lugar idóneo por estar más resguardado del fuego enemigo y existir una capa más profunda de tierra. La designación del alférez Carbonell para realizar esta labor fue, sin duda, por dirigir la posición más cercana al camposanto. Asimismo demuestra los preparativos que estaba realizando el jefe de la posición para el combate final del que tenía plena conciencia de su inminencia.

positaron en la fosa, «*juntos y unidos en estrecho abrazo, los cadáveres de la viuda de Chamorro y de sus tres hijas*»⁴³.

Interrogados los medium durante el trance televisivo por el lugar donde estaba escondida la antigua imagen de la Virgen, respondieron que se encontraba junto a ellas en la fosa común del cementerio. A pesar de la falta de rigor histórico que el mencionado programa hizo gala durante sus emisiones en lo que respecta a los últimos días del asedio al santuario, dicha respuesta resulta coherente con lo narrado hasta ahora en el presente trabajo respecto a la desaparecida imagen, aunque debemos dejar expresa nuestra reserva sobre la misma. Esta afirmación la basamos en el hecho de que cuando muere la madre con tres de sus hijas en la última semana de abril, el ejército republicano hacía varios días que estaba reforzando, tanto humana como materialmente, sus posiciones, lo que era percibido por los habitantes del cerro que, como hemos afirmado, esperaban de un momento a otro el ataque final de la posición.

A esto hay que sumar que el capitán comenzó en esta última semana de abril los preparativos para el final del reducto, por lo que delegó incluso el acto de presidir las inhumaciones de los caídos en el oficial más cercano al cementerio, pudiéndose encontrar entre ellos el de la ocultación de la imagen según las instrucciones recibidas desde Sevilla. Una tumba colectiva era un lugar idóneo para este fin, ya que las mismas se excavaban y se iban acumulando los cadáveres hasta completarse, abriéndose otra fosa para posteriores difuntos. Los cadáveres eran inhumados envueltos en sábanas o mantas a modo de sudario. Del testimonio dado por el alférez Carbonell referido al primer día que ejerció esta labor por delegación del capitán, llama la atención que, al referirse a los miembros de esta familia, diga en su descripción que estaban en la fosa «*juntos y unidos en estrecho abrazo*», lo que hace pensar que los cuatro cadáveres fueron envueltos en un mismo sudario y donde la imagen de la Virgen pasaría desapercibida incluso para los mismos sepultureros.

Tomando como verosímil esta afirmación, podría tener sentido un testimonio que hasta el momento no se ha logrado explicar referido a las últimas horas de vida del capitán. Cortés cayó mortalmente herido por la metralla de una bomba hacia las tres de la tarde del día 1 de mayo. Media hora después, el ejército republicano tomaba definitivamente el recinto del santuario, procediendo de forma inmediata a la evacuación de los heridos de ambos bandos y de los prisioneros. El capitán fue evacuado en

⁴³ URRUTIA, Julio de: *El cerro...*, Op. Cit. Pág. 437.

una camilla escoltada por un piquete de milicianos para evitar cualquier represalia por parte de algún soldado de la República, siendo llevado hasta las inmediaciones de la casa de peones camineros en donde se improvisó una ambulancia para su rápida evacuación. Ante la gravedad de las heridas del capitán, fue intervenido quirúrgicamente durante la noche por el cirujano Maximiliano Santos Laguna auxiliado por el comandante médico militar Martín Pérez. Hacia las once del día siguiente fue visitado furtivamente, debido a estar incomunicado, por el farmacéutico Vicente Palacios a quien acompaña el conductor del puesto de socorro José Molina. Este último le preguntó por el lugar donde se hallaba la imagen a la vez que le acercaba un papel y ponía en su mano un lápiz. El capitán dibujó sobre el papel «*como un redondo*», siendo interrumpido el dibujo por oír voces en el pasillo que llamaban al conductor para subir nuevamente al santuario. Al regresar Molina a Peñallana hacia las dos y media de la tarde, le comunicaron que el capitán había fallecido hacía una o dos horas.

Al conocer Francisco Calzado este testimonio, remitió una carta con fecha del 22 de noviembre de 1990 a José Liébana Serrano, contestando éste pocos días después que «*en el santuario existen los pozos que usted conoce tan bien como yo, sitios poco idóneos para esconder una imagen*» continuando la carta sobre la posibilidad que se tratara de las pequeñas cuevas, a modo de madrigueras, que hacían los combatientes bajo las rocas para poder descansar sin peligro de las bombas⁴⁴. Esta primera impresión del médico del campamento, la de referirse el dibujo a un pozo, adquiere significado ya que a escasos metros del cementerio habilitado en el santuario existía, y aún existe, uno de los tres pozos que sirvieron para el abasto de agua de los sitiados. ¿No podría el interrumpido dibujo tratarse del pozo inmediato al cementerio para ser tomado como referencia de la fosa en que se encontraba o del recinto mismo del cementerio? Pero sea como fuere, este enigma seguirá sin resolverse, por lo que la desaparición de la imagen seguirá estando ligada, de un modo u otro, a la figura del capitán Cortés.

⁴⁴ CALZADO GÓMEZ, Francisco: *El enigma...*, Op. Cit. Pág. 110.